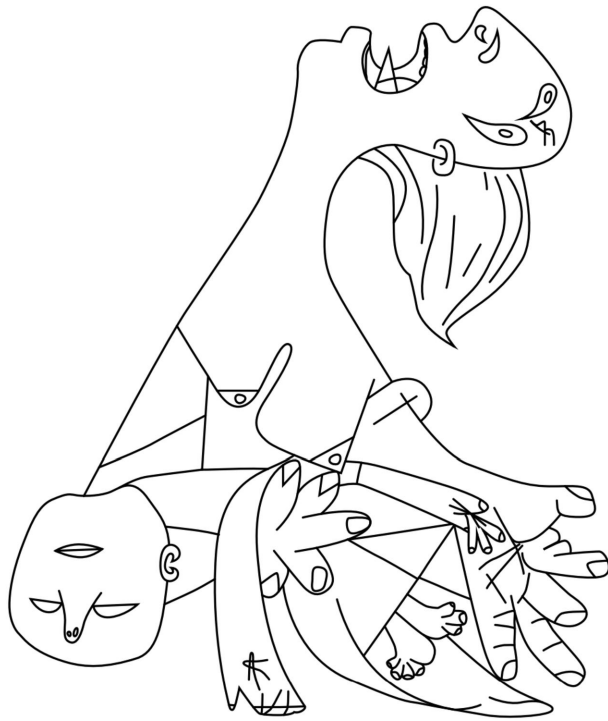


# TRAUMA Y MEMORIA EN LAS VÍCTIMAS DEL FRANQUISMO

SU TRANSMISIÓN A LAS  
SIGUIENTES GENERACIONES



ANASTASIO OVEJERO



ISBN: 978-94-03-61050-4

Fecha de edición: octubre 2020

Diseño de portada: Gonzalo Ovejero

Maquetación: Gonzalo Ovejero

Contacto: [anastasio.ovejero@uva.es](mailto:anastasio.ovejero@uva.es)

Libro descargable desde [anastasio.ovejero.net](http://anastasio.ovejero.net)

Este libro está publicado bajo una licencia CC BY-SA license, lo que significa que está permitido copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre que sea para uso no comercial y dando crédito al autor original de manera adecuada.

No se permiten obras derivadas.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Barcelona © 2020 Creative Commons.

*A los cientos de miles de republicanos y  
anarquistas asesinados, a sus familias  
y, sobre todo, a sus madres y esposas, que  
tanto sufrieron y que nunca se les reconoció  
suficientemente como víctimas del fascismo.  
Y a los nietos y bisnietos, que aún esperan  
verdad y justicia, ochenta años después.*



queda patente cuando lo enfrentamos a la prueba de la verdad. Durante años, decir la verdad sobre la Transición era considerado desestabilizador de la democracia, y dar por bueno el engaño se consideraba como facilitar el asentamiento del nuevo sistema» (p. 16). Y concluye (pp. 35-36): «La función pedagógica de la victoria de la democracia sobre la dictadura queda enturbiada, cuando no oculta, por el hecho de que la Transición debe enfocarse como una derrota. Una derrota de todo aquello que era, para muchos antifranquistas, objetivos ineludibles del futuro: la libertad sin oligarquías que la limiten, la transformación social y la política como actividad abierta de la ciudadanía. Eso que no debe interpretarse de otra manera que como el patrimonio de la izquierda dilapidado durante ese período». Eso sí, la libertad y la democracia han escaseado tanto en nuestro país, que no es raro que la mayoría de los españoles estén encantados con la escasa dosis que nos han dado.

Es más, la derecha española se ha negado persistentemente a condenar la dictadura<sup>9</sup> y más aún el golpe de Estado de 1936. Por fin, el 20 de noviembre de 2002, el Congreso condenó el franquismo y reconoció moralmente a las víctimas de la guerra y del régimen de Franco. Pero lo hizo a medias pues en el preámbulo de la declaración se aludía al tópico del «trágico pasado de enfrentamiento civil entre los españoles», evitando en todo momento «mencionar el golpe militar del 18 de julio, prefiriendo centrarse en las consecuencias de la guerra civil, con alusión a la generación que decidió “no volver a cometer los viejos errores”, al consabido “mirar hacia delante”, y al deseo de que “nunca hubiera dos Españas irreductiblemente enfrentadas”. [...] Difícilmente se podía reunir en tan poco espacio tanto lugar común, tan ligado al discurso oficial de la transición al que se ha aludido [...] Que este sea el acuerdo al que se ha llegado por parte de todos los grupos políticos tras 25 años de democracia constituye la prueba de lo poco que se ha avanzado en este tiempo» (Espinosa, 2006, pp. 193-194). Eso es lo máximo a que están dispuestos a transigir los herederos del franquismo. Eso sí es una de las herencias de la Transición.

Es cierto que Felipe González confesó, cinco años después de salir de la Moncloa, sentirse arrepentido de no haber hecho «no ya exaltación, ni siquiera reconocimien-

---

9 Algo parecido hizo Alemania tras la Segunda Guerra Mundial y hasta mediados de los años sesenta (Mitscherlich y Mitscherlich, 1973/1967; Robin, 2003, 2009; Vinyes, 2009c): los alemanes se negaron a asumir los crímenes del nazismo y más aún a aceptar su responsabilidad colectiva en tales crímenes. Tuvo que ser la siguiente generación, ya en los años sesenta, la que comenzó la labor de autocrítica colectiva, con unos resultados excelentes.

to, de las víctimas del franquismo», por lo que, añade «me siento responsable de parte de la pérdida de nuestra memoria histórica» (González y Cebrián, 2001, p. 36). Como diría el castizo, «a buenas horas, mangas verdes». A mi juicio, el hecho de que la izquierda parlamentaria renunciara a hacer de la memoria de la Dictadura una de las bases de la democracia es uno de los factores del actual éxito electoral de Vox y de las tendencias franquistas que anidan en su seno. Nunca se enseñó a las nuevas generaciones la maldad de la dictadura franquista. Es más, es que durante la Transición y la democracia se olvidó la memoria de la República y más aún la del Frente Popular, siendo muy pocos los que intentaron recuperarla (Pérez, Serrano, 2004, 2008). Al no hablar del pasado se mantuvo la memoria de los vencedores.

Como escribe Isaías Lafuente (2003, p. 13): «¿Puede un país democrático permitir que miles de ciudadanos asesinados como animales por un régimen dictatorial permanezcan enterrados al borde de las cunetas? ¿Puede soportar que eso suceda mientras quien amparó y propició la matanza descansa bajo el altar mayor de una basílica cristiana? La respuesta es tan evidente que casi ofende hacer la pregunta. Pero lo que ofende de verdad a la memoria de quienes fueron masacrados, a sus mujeres y maridos, a sus hijos, a sus nietos, es que la pregunta aún pueda plantearse hoy, seis décadas después», y peor aún: que deba plantearse todavía en 2020. Una de las cosas que hizo la Transición fue mantener vivo el franquismo a la vez que le protegía de cualquier ataque, sobre todo judicial. De hecho, recientemente, María Elvira Roca Barea (2016) ha publicado un libro –con gran éxito comercial– en el que, como José Luis Villacañas (2019) se encargó de denunciar, se hace una apología abiertamente franquista y nacional-católica del Imperio español, incluyendo la Inquisición.

Por tanto, no es de extrañar que los nietos de los represaliados durante el franquismo aún tengan secuelas psicológicas, sobre todo de dos tipos: las que provienen de la transmisión transgeneracional –que veremos mejor más adelante– y las que les surgieron al constatar que incluso en democracia sus víctimas siguen silenciadas, olvidadas y humilladas por el Estado. Como dice Torres (2002, p. 15), la democracia no ha permitido hasta ahora ni siquiera hacer el definitivo recuento de los crímenes franquistas. Por eso, el sufrimiento siguió durante décadas, pues la democracia mantuvo el silencio. Mientras las víctimas que habían luchado por ella seguían silenciadas, la memoria de los «caídos por dios y por España» se mantenía en miles de monumentos por todo el país. Tras la dictadura no llegó la justicia y la reparación, sino más humillación para las víctimas: «ya ni los nuestros nos reconocen», fue el lamento de miles de víctimas del franquismo, sobre todo cuando los socialistas lle-

garon al poder y las cosas siguieron como antes. Las víctimas directas murieron, o bien asesinadas por los vencedores o bien, tras innumerables sufrimientos, de muerte natural; sus hijos también han muerto en su inmensa mayoría. Pero quedan las nietas y los nietos, que aún recuerdan el dolor y el sufrimiento que sus familias han tenido que soportar durante la Dictadura, durante la Transición y durante la democracia. ¿Cómo influyó tanto dolor en su desarrollo psíquico? La memoria y el trauma van siempre juntos: la memoria trae a la mente, una y otra vez, el trauma, pero cuando sienten el trauma, comienzan a recordar demasiadas cosas. Por ejemplo, que la propia Ley de Memoria Histórica (Ley 52/2007 de 26 de Diciembre), aprobada por el gobierno de Zapatero, ni siquiera contempla la posibilidad de que el Estado, como es su obligación, se haga cargo de las exhumaciones de las víctimas, ni lleve a cabo una campaña seria de educación antifascista o que ni siquiera tome algunas medidas prácticas como las que el psicólogo Dan Bar-On y sus colaboradores llevaron a cabo en Alemania reuniendo a descendientes de judíos del Holocausto con descendientes de nazis (Bar-On, 2006). Pero es que, además, esa ley hizo de la memoria algo privado y no colectivo. Claramente lo dijo en 2006 la entonces vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega, «la memoria es algo que uno recuerda, algo individual y privado». «El mensaje estaba claro: habría una ley de memoria histórica si cada uno hacía su duelo en privado, lo cual impide en realidad hacer el duelo. Es el carácter colectivo y público de los velatorios y entierros, y en otras culturas y países, de los “círculos de curación” y las comisiones de verdad y reparación, lo que ayuda a hacer consciente lo inconsciente y elaborado. Pero la Ley de Memoria Histórica que se aprobó en el 2007 no solo exige que se mantenga en privado el dolor y el recuerdo, también exige una privatización del proceso de exhumación de las fosas. Las fosas son entierros ilegales y, como tales, el Estado debería ocuparse de asumir todo el proceso de localización, la exhumación y la dignificación de las mismas. Pero esto no está ocurriendo. Las familias que quieren recuperar los restos de un pariente se ven totalmente desamparadas, sin ayuda, a menudo pagando los costes de investigación y con otros afectados como único apoyo» (Valverde, 2014, pp. 66-67).

En suma, la Transición llevó a una democracia que siguiera protegiendo los privilegios de los vencedores de la guerra, privilegios que ellos no estaban dispuestos a perder tras la muerte del dictador. Por eso trajeron un régimen que, aunque formalmente democrático, en algunos aspectos es una continuación del franquismo. Pero ello exigía el olvido colectivo tanto de la represión como del dolor y el sufrimiento de las víctimas, así como de que las fosas comunes siguieran bien cerradas. Pero

olvidaron que las heridas no se cierran si previamente no han sido limpiadas y que es difícil cerrarlas si quienes las causaron, los vencedores de la guerra, aún viven de su victoria. No es raro que todo ello produjera un gran desencanto en las víctimas del franquismo.

Pero ¿cómo fue posible que la izquierda aceptara esa Transición tan favorable a los franquistas? En mi opinión la aceptó no solo por su debilidad frente al franquismo, como tantas veces se ha dicho, sino también por las maniobras que se hicieron antes de morir el dictador para construir un partido de izquierdas controlado desde la derecha. Si no es comprensible que los gobiernos de la UCD hicieran tan poco para que se supiera la verdad del franquismo (los crímenes y robos cometidos, la corrupción generalizada, el robo de miles de niños y niñas, etc.), menos comprensible aún resulta que tampoco lo hicieran los gobiernos socialistas. Por decirlo en términos de Max Weber, el PSOE utilizó y sigue utilizando la «ética de las convicciones» cuando está en la oposición y la «ética de la responsabilidad» cuando está en el gobierno, y por eso exigen olvido. Sin embargo, olvidar la maldad y la crueldad de los verdugos produce en estos una gran tranquilidad de conciencia –muy saludable psicológicamente para ellos– pero en las víctimas produce un profundo trauma. Y es que ni siquiera se aceptó que los restos de más de cien mil republicanos arrojados a fosas anónimas fueran recuperados por sus familias, fueran enterrados dignamente y, con ello, esas familias cerraran su proceso de duelo. No fueron capaces de aceptarlo ni siquiera por razones humanitarias: la «razón de Estado» fue lo primero. Eso agravó aún más los traumas de las víctimas.

## **7. El Congreso de Suresnes y el papel del PSOE en la Transición y la democracia**

Para hacer una transición que mantuviera incólumes los elementos centrales de la dictadura (reforma y no ruptura), el poder económico era consciente de dos cosas: que había que modificar la estructura política del franquismo abriendo las puertas del sistema a la oposición, y que tenían que conseguir una oposición que no se opusiera mucho. Y este segundo aspecto se concretó en Suresnes, aunque su diseño era algo anterior. Además, cosa que no suele mencionarse, la Transición tenía otro objetivo esencial: imponer a la clase trabajadora española el modelo económico neoliberal. Y también para eso el apoyo de los gobiernos del PSOE estuvo garantizado. Es sabido que el 28 de octubre de 1982, el PSOE de Felipe González ganó las elecciones con 202 diputados, la más amplia mayoría absoluta de toda la historia

de España. También, aunque con una progresiva pérdida de votos, ganó las tres elecciones siguientes (1986, 1989 y 1993). Pero usaron el poder para afianzar el proceso de transición diseñado por los franquistas y para no molestar a los vencedores de la guerra, aunque ello supusiera humillar a los vencidos y frustrar a muchos miles de socialistas que tenían y aún tienen padres y abuelos en fosas comunes. Como dice Manuel Ortiz Heras (2006, p. 182), «durante los gobiernos socialistas (1982-1996) la memoria de la guerra civil no fue especialmente cultivada y promovida desde el poder, más bien se llevó a cabo una verdadera “institucionalización del olvido”. Un olvido, dicho sea de paso, que benefició mucho más a una de las partes implicadas. Conscientemente, se pagó un alto precio porque se renunció a hacer de la memoria de la dictadura la base de la democracia que empezaba a andar». Y es que, como subraya este autor, uno de los mayores éxitos de la socialización ideológica del franquismo fue haber inculcado en la generación que protagonizó la Transición un fuerte complejo de culpa patriótica en relación con la guerra; se nos convenció que era mejor olvidar el pasado en aras de la reconciliación. Pero la derecha seguía recordando su memoria, tras haber mantenido sus monumentos, haber impuesto el himno y la bandera franquistas (con algún retoque) y haber dejado inamovible la estructura y la jerarquía del sistema judicial. Es más, la Iglesia católica española siguió hasta hoy recordando a sus víctimas y beatificando a sus mártires sin que la derecha lo haya criticado por «abrir heridas» y por mirar hacia atrás. Ellos no abren nunca viejas heridas, solo las abren los que, ochenta años después, solo quieren enterrar a sus abuelos con dignidad, una dignidad que no han tenido en ocho décadas. ¿Acaso es normal que no se haya solucionado el problema de los miles de desaparecidos y bebés robados después de tantos años de democracia? Eso refleja la baja calidad de nuestra democracia. No es solo un problema político, sino también de dignidad humana, pues sigue habiendo en España miles de familias que aún sufren por la desaparición de sus padres y abuelos, o por el robo de sus bebés, práctica que continuó hasta 1990. ¿Cómo no van a sentirse desengañados y frustrados? Pero tal vez esto se entienda mejor si analizamos algunos hechos anteriores poco conocidos.

Todo empezó en Suresnes, en 1974.<sup>10</sup> Según Alfredo Grimaldos (2013), lo que se produce allí es una refundación del partido creado por Pablo Iglesias, con el modelo portugués como telón de fondo. Lo mismo se hizo en Portugal, donde ni siquiera

---

10 Según Rodríguez López (2015), en 1974, el PSOE apenas contaba con 2.000 afiliados en el interior de España, de los que al menos dos tercios estaban en el País Vasco y en Asturias.

existía un partido socialista: lo creó la CIA con la colaboración de uno de sus principales y más antiguos contactos, Mario Soares.<sup>11</sup> Más en concreto, añade Grimaldos (2007), un grupo de militantes desgajados del PSOE histórico convocaron para julio de 1974 un congreso en Suresnes, financiado por el Partido Socialdemócrata de Willy Brandt. Nicolás Redondo era la figura con más peso moral para acceder a la Secretaría General, pero no se presentó, a pesar de ser propuesto mayoritariamente para ocupar ese cargo. El general Fernández Monzón, de los servicios secretos franquistas, dice que «desde el servicio se convence a Nicolás Redondo, padre, de que deje paso a Felipe González<sup>12</sup> y él se quita de en medio,<sup>13</sup> compartiendo que es buena idea abrir camino a gente joven del interior». Y fue González, entonces casi un desconocido, el que sucedió a Rodolfo Llopis, quien no reconoció las resoluciones adoptadas en ese congreso. Y añade Fernández Monzón: «Allí, en Suresnes, hubo mucha gente. Había más policías y miembros de los servicios de información que socialistas. Pero ya antes, en 1972, se había conseguido que de los 16 miembros de la Comisión Ejecutiva, nueve fueran del interior. Felipe González es el principal producto de la Transición. Sabía cómo se estaban produciendo las cosas y estaba de acuerdo con ellas». Los históricos de Llopis quedaron fuera de juego: la maniobra de los servicios secretos para que los socialistas del interior controlaran el PSOE fue todo un éxito. Menos conocido aún es que, según Grimaldos, González y otros miembros de la nueva dirección del partido consiguieron llegar a Suresnes gracias al apo-

---

11 El 7 de enero de 2017, el *Blog del viejo topo* titulaba un artículo sobre el fallecimiento de Soares de esta manera: «Muere Mário Soares, el hombre de la CIA contra la revolución de los claveles».

12 Resulta extraño que en Suresnes eligieran para secretario general del PSOE a un joven abogado que solo llevaba cinco años de militancia en el partido. Y el propio Alfonso Guerra, siendo todavía muy joven, publicó un texto de título engreído, «Los enfoques de la praxis», al que no se atrevió a poner su propia firma, descalificando a la organización socialista en el exilio y arremetiendo contra los viejos militantes de la lucha antifascista. Y, como dice Rodríguez López (2015), en tal escrito reivindicaba todo el protagonismo para quienes se arriesgaban en la «lucha física» frente a los que se limitaban a hablar y discutir, añadiendo este autor (p. 122) que «el cinismo del reproche, por parte de alguien que apenas conoció en sus carnes la represión, dirigido contra una generación que vivió la guerra, los campos de concentración y en muchas ocasiones la dura represión del primer franquismo, resultó demasiado para Llopis», entonces secretario general del partido.

13 Otros autores, como por ejemplo Emmanuel Rodríguez López (2015, p. 124), atribuyen la renuncia de Nicolás Redondo a que quería dedicarse completamente a los asuntos de la UGT.

yo de los servicios secretos de Carrero, que se encargaron de darles los pasaportes e incluso custodiarlos hasta Francia. El comandante Miguel Paredes, antiguo agente del SECED, dice que «el Ministerio de la Gobernación tenía entonces la facultad de conceder o denegar el pasaporte a un ciudadano. Ellos lo habían pedido muchas veces y siempre les habían dicho que no. Me dieron una lista en la que figuraban los nombres de Enrique Múgica, Eduardo López Albizu, Nicolás Redondo, Ramón Rubial, Alfonso Guerra, Pablo Castellano, Felipe González y otros dos militantes asturianos. El Gobierno lo dudó mucho, le dieron mil vueltas, que sí, que no... Al final se aceptó bajo la condición de que, al volver a España, devolvieran enseguida esos pasaportes. Y lo hicieron. Tardaron mucho, pero los devolvieron. Aunque no todos: Felipe González se lo quedó» (Citado en Grimaldos, 2007). Más aún, según Pilar Urbano (1997), meses antes del Congreso de Suresnes, Miguel Paredes y el inspector Emilio Mateos, de la Jefatura Superior de Policía de Bilbao, trabajaban ya en lo que llamaron «Operación Primavera», una serie de contactos con miembros del PSOE del interior, en especial con Redondo y con Múgica. Como recuerda Paredes, «en el SECED nos propusimos empezar a reunirnos con ellos para [...] tratar de acercarlos hacia posiciones más templadas, menos radicales, más en la línea de la moderación pragmática que les recomendaba Willy Brandt». No olvidemos que Brandt estuvo presente en Suresnes y que muchos le vinculan con la CIA, aunque él siempre lo ha negado.

En la misma línea van las declaraciones del comisario Manuel Ballesteros a Pilar Urbano: «Entre 1964 y 1975 estuve precisamente en la información del mundo universitario, muy estrechamente relacionado con la política entonces clandestina. Y lo que viví fue que, a partir de cierto momento, la dictadura propició el resurgir del PSOE, para ahogar al PCE [...] A los socialistas no se les detenía, a los comunistas, sí.<sup>14</sup> Estando yo en la Brigada Social, esa era una indicación de los mandos. Más aún: la policía no sólo miraba para otro lado, haciendo la vista gorda, sino que a veces ayudaba a pasar la valija con la propaganda y los documentos internos del partido que los de Rodolfo Llopis (el PSOE del exterior) enviaban de allá para acá». Y según Grimaldos, después de haber estado Ballesteros detrás de algunas acciones crimina-

---

14 No hay ninguna duda de que, en aquellos turbulentos tiempos que siguieron a la muerte del dictador, tanto el PSOE como la UGT fueron privilegiados por los poderes neofranquistas. Así, «al tiempo que Fraga encarcelaba a los miembros de la Junta y a los comunistas, una UGT con menos de 7.000 afiliados pudo celebrar su primer congreso en Madrid, en abril de 1976» (Rodríguez López, 2015, p. 126).

les de guerra sucia contra ETA protagonizadas por el Batallón Vasco Español, Felipe González le nombró jefe del Mando Unificado de Lucha Contraterrorista (MULC), en la época de los GAL. Por su parte, el coronel Arturo Vinuesa declara, también según Grimaldos, que los oficiales del SECED José Faura y Juan María Peñaranda también fueron protagonistas de estos sucesos: Faura habría facilitado personalmente la asistencia de Felipe González al congreso de Suresnes. De ser así, fue recompensado con el grado de teniente general y el cargo de jefe del Estado Mayor del Ejército, en 1994, con González como presidente del Gobierno. También Peñaranda alcanzó el generalato.

Con toda claridad lo explica también el entonces capitán del SECED, Manuel Fernández Monzón: «En un restaurante de la calle madrileña de Santa Engracia, hablamos con González, en presencia de Enrique Múgica, para garantizarle su viaje a Suresnes [...] Otros compañeros se entrevistaron con Nicolás Redondo, y él entendió enseguida que debía ceder el puesto a un secretario general más joven y con otras características. Cuando Felipe González volvió de Francia, después de haber sido elegido, un comisario de Sevilla le detuvo, creyendo que había dado un pelotazo. Se llevó una bronca tremenda y tuvo que soltarle enseguida, claro.» Y poco después de volver de Suresnes, añade Grimaldos, otros dos miembros relevantes del SECED, Andrés Cassinello y José Faura, mantuvieron una larga entrevista con Felipe González y con Alfonso Guerra. En todo caso, ya en 1974, el comandante Miguel Paredes, también del SECED, escribió algo que podría ayudar a entender por qué fue elegido González y no Redondo: «Felipe González, el sevillano, parece apasionado pero es frío. Hay en él algo falso, engañoso. No me ha parecido un hombre de ideales, sino de ambiciones». Tal vez fue eso, su ambición, lo que llevó a los servicios secretos franquistas a apostar por él y no por Nicolás Redondo, probablemente más difícil de manejar.

Pero también intervinieron los socialdemócratas alemanes, junto a la CIA y los servicios secretos del franquismo. Según Grimaldos (2007), Fernández Monzón dijo que «a través del Ministerio de la Presidencia del Gobierno español, contactamos con Heinemann, ministro de la Presidencia de Alemania. Y él, a su vez, le transmitió a Willy Brandt, presidente de la Internacional Socialista, nuestro apoyo para que le diera la patente al sector renovado del PSOE [...] Esta operación salió perfecta, en gran medida gracias a la inteligencia preclara de Felipe González, sin duda el hombre más importante de la Transición y el que mejor la comprendió. No tuvo ninguna duda de que había que conservar la Monarquía». Y concluye Grimaldos (pp. 83-84): «Los servicios secretos norteamericanos y la socialdemocracia alemana se turnan

celosamente en la dirección de la Transición española, con dos objetivos: impedir una revolución tras la muerte de Franco y aniquilar a la izquierda comunista.<sup>15</sup> Este fino trabajo de construir un partido «de izquierdas», para impedir precisamente que la izquierda se haga con el poder en España, es obra de la CIA, en colaboración con la Internacional Socialista. El primer diseño de esta larga operación se remonta hasta la década de los sesenta, cuando el régimen empezaba ya a ceder, inevitablemente, bajo la presión de las luchas obreras y las reivindicaciones populares. El crecimiento espectacular del PCE y la desaparición de los sindicatos y partidos anteriores a la Guerra Civil, especialmente la UGT y el PSOE, hacen temer una supremacía comunista en la salida del franquismo. [...] Convencidos de que este PSOE no logrará tener la suficiente implantación para competir con ventaja frente a los comunistas españoles, al final del franquismo los servicios de información norteamericanos y alemanes se ponen manos a la obra para construir un nuevo partido, más vistoso en lo externo y manejable en lo interno». Felipe González, con el apoyo de Nicolás Redondo, controló el partido y se convirtió en una pieza clave del proceso franquista de transición, siguiendo las directrices de la CIA, pues, como subraya Grimaldos (2007, p. 88), «el papel que el PSOE tiene que interpretar en la Transición está escrito desde bastante antes de la muerte de Franco, pero se termina de pulir en 1974». Y al parecer, González, hombre agradecido, no defrauda a la CIA ni a los servicios secretos del franquismo, siendo una de sus primeras acciones hacer fracasar a la Junta Democrática, apoyada por el PCE, que reclamaba la amnistía total, la formación de un Gobierno provisional y la celebración de una consulta para elegir la forma de Estado. Al parecer, a González le habían ordenado que fuera por un camino diferente. Escribe Antonio García Trevijano, fundador de la Junta Democrática: «Por eso Felipe González no entra en la Junta, porque se siente respaldado por una potencia superior, por los alemanes y los norteamericanos. Una vez que está seguro de ese apoyo, se traslada a Madrid, donde tiene una entrevista con el Rey y con altos mandos del Ejército, y ahí establecen la estrategia de que hay que ir gradualmente hacia las libertades en España para evitar una radicalización de la situación. Felipe González es el más interesado en mantener a los comunistas en la ilegalidad [...]

---

15 Según Grimaldos (2007, p. 86), el dinero que provenía de los socialdemócratas germanos se canalizaba a través de la Fundación Pablo Iglesias, sucursal de la alemana Friedrich Ebert, y una parte iba al PSOE y otra a la UGT. Por ejemplo, añade Grimaldos, en 1979 se desvelará que la UGT ha recibido 200 millones de pesetas de los sindicatos amarillos de Estados Unidos para intentar ganar las elecciones sindicales.

